

## Puntos controvertidos en la vida de Martín Lutero

Basta recoger cinco o seis opiniones sobre la vida de Lutero para advertir asombrados, hasta que punto se contradicen, de una manera fundamental, los juicios que esta vida ha suscitado. Dos son los motivos de esta contradicción: la profesión de fé del que juzga y el criterio histórico con arreglo al cual valora los hechos.

Los historiadores protestantes han convertido a Lutero en apóstol y héroe legendario. Amsdorf lo ha igualado a San Pablo, comparando su precipitado ingreso al convento, a raíz de haber salvado milagrosamente su vida en la tempestad de Erfurth, con la conversión de Saulo, camino de Damasco. Spengler ha establecido un extraño paralelo entre Lutero y San Bernardo. Carlyle lo ha llamado "un Odin cristiano; un verdadero Thor." Todos ellos han hecho sombra sobre todo lo deleznable que tuvo la personalidad del Reformador y han tejido en su torno una leyenda, presentándolo como un ejemplo de sinceridad y abnegación.

En cambio, los críticos e historiadores católicos han hecho hincapié precisamente sobre lo que callan sus adversarios, sacando a relucir las contradicciones internas de la doctrina de Lutero, la prociacidad de sus escritos y las faltas que en su vida cometió. La crítica española no pocas veces ha exagerado sus ataques contra Lutero; Balmes, al igual que Menéndez Pelayo, lo ha reducido al nivel de un hereje cualquiera y un distinguido médico español (1) ha lanza-

---

(1).— El Dr. J. M. Serra de Martínez.

do una aventurada hipótesis, presentando al Reformador como víctima de una enfermedad inconfesable.

Pero no sólo es el criterio confesional el que suscita al punto la contradicción cuando se habla de Lutero. El criterio histórico tiene también en esto parte considerable.

Sabido es que los hechos históricos pueden explicarse de dos modos generales: o acentuando la labor de una personalidad extraordinaria, o, concediendo mayor importancia a los factores colectivos, sociales. Modos que no son exclusivos ni contradictorios, ya que ambos factores, en mayor o menor proporción, según los casos, contribuyen a que la Historia se haga. La discusión surge cuando se trata de averiguar cuál de estos dos factores fué el más importante o influyó más decisivamente para que determinados acontecimientos históricos se realizaran. Y es natural que esta polémica se produjera tratándose de una personalidad tan discutida como la del Reformador.

Los que en el caso de la Reforma se inclinan a otorgar mayor influencia al factor personal, han remarcado de modo especial la profunda penetración del monje agustino para darse cuenta del medio en que actuaba; lo extraordinario de su oratoria, que el propio Bossuet reconoció, oratoria propicia para desatar las pasiones populares, y lo infatigable de su actividad, como lo atestiguan sus innumerables escritos. "Sus palabras son batallas" ha dicho Carlyle al referirse al vigor de los escritos y discursos de Lutero.

En cambio, para los críticos que explican la gran crisis del siglo XVI por los factores sociales, la participación de Lutero en la Reforma fue insignificante o casi nula. Según Balmes, todo en Alemania estaba listo para que la Reforma se produjera y Lutero no hizo más que desatar un torrente que puesto en movimiento se precipitó incontenible. Mourret sigue la misma opinión y por eso ha colocado, a modo de sentencia, la siguiente frase al comienzo de su estudio de la Reforma: "No es Lutero quien ha hecho los tiempos nuevos sino son los tiempos nuevos los que han hecho a Lutero."

La contradicción al juzgar a Lutero proviene pues de diferencias confesionales e histórico-críticas. Nosotros, a través de este breve comentario de la vida del Reformador nos esforzaremos por resolver los puntos de controversia que hemos señalado, de acuerdo con las opiniones más autorizadas al respecto. Para ello insistiremos sobre dos aspectos de la vida de Lutero: el modo como formó su doc-

trina y las vinculaciones que mantuvo con los que cooperaron a la propagación de su rebeldía.

No está demás advertir que el juicio sobre la actuación de Lutero en la Reforma no se limita a las discusiones que hemos mencionado. En Alemania, en las fiestas del último centenario de la Reforma se ha exaltado principalmente en Lutero, su lengua alemana, la forma literaria de su traducción de la Biblia, el vigor popular de sus poesías y cánticos y, naturalmente, su "verdadero y auténtico patriotismo", muy de acuerdo con el exacerbado nacionalismo alemán contemporáneo. Pero estos aspectos de la vida de Lutero no figuran entre los propósitos del presente comentario.

### *EL MODO COMO FORMO LUTERO SU DOCTRINA*

Un primer rasgo que nos interesa en la vida de Lutero es el rudo trato que recibió en su hogar y en la escuela. Refiere el propio Lutero que su madre una vez lo castigó hasta sacarle sangre porque había robado una nuez y que, en cierta ocasión, el maestro lo azotó quince veces consecutivas. Este trato deformó la emotividad del niño, el que cada vez que se encontraba frente a un superior se sentía inquieto y atemorizado, no experimentando por él ninguna simpatía. No debe pues asombrarnos que Lutero, a lo largo de todos sus recuerdos y confidencias, no dedique jamás un párrafo afectuoso para su madre ni para los años de su infancia.

Hay que relacionar con esta férrea disciplina la influencia que la religiosidad popular de la época ejerció sobre el ánimo del futuro Reformador y de sus educadores. Por aquellos años, el pueblo se sentía poseído de terror ante los peligros de la peste negra y la invasión turca; la idea de la justicia divina hacía presa de la imaginación popular y los caminos veíanse llenos de peregrinos que iban de santuario en santuario, esperando verse así purificados de sus pecados y libres de sus temores. Este temor a la justicia divina fue inculcado a Lutero por sus padres. "Palidecíamos", relata, "al solo nombre de Cristo, al que se nos representaba como un juez terrible, encolerizado". El temor de Dios se reflejó también en la forma como representaba a Jesucristo el arte popular de la época y cuenta Lutero que cuando entraba con sus padres a la iglesia parroquial, se impresionaba notablemente al contemplar un cuadro

que representaba a Jesús, no como Salvador sino como Juez, con rostro fiero, sentado sobre un arco iris y empuñando una espada de fuego.

Todo esto contribuyó, pues, a crear un sentimiento depresivo en el joven Lutero, el que se imaginaba a Dios como un juez inexorable, que no perdona y ante el cual la menor desviación pesaba como gravísima ofensa.

Cuando ingresó a la Universidad de Erfurth a estudiar la carrera de Derecho, Lutero hizo todo lo posible por olvidarse de sus impresiones infantiles, entregándose a una vida disipada, al igual que todos sus compañeros de aula. Más tarde dijo Lutero que la Universidad de Erfurth se había convertido en "un asilo de impudicia y una cervecería" y poseemos los testimonios de Emser y de Dungsheim que nos hablan de la vida desarreglada de Martín durante este período de su vida.

La plasticidad de la mente infantil es tal, que los acontecimientos que la impresionan fuertemente ejercen considerable influjo en el desarrollo posterior del individuo. Por más que hizo Lutero, no pudo borrar de sí las penosas impresiones de su niñez. Mourret nos cuenta el desastroso efecto que produjo en Lutero, después de una diversión, el contemplar los cuadros de "*La Danza Macabra*" de Durero, que representan la muerte de un modo bastante descarnado y Grisar nos habla de un desorden en el espíritu de Lutero, relacionado con la deprimente idea del pecado, a la cual parecía haberse abandonado muchas veces.

No es muy admisible la hipótesis de que en estas circunstancias, a raíz de haber salvado milagrosamente su vida en una tempestad, Lutero decidiera ingresar al convento. Católicos y protestantes están de acuerdo en que esta decisión la tomó Lutero mucho tiempo antes de este suceso, el que no hizo sino precipitar una determinación ya tomada. Pero difieren al señalar los motivos de dicho acto: para unos, Lutero ingresó al convento empujado por dificultades intelectuales, causadas por las doctrinas de Occam y Gabriel Biel, que se enseñaban por ese entonces en Erfurth; para otros, y esto es lo más probable, Lutero profesó porque lo atormentaba el sentimiento depresivo de su insuficiencia moral que no le permitía guardar la castidad y quería asegurar la salvación de su alma. Dificulta el precisar cual de estas dos opiniones es la verdadera, porque se sabe muy poco acerca de la vida religiosa de Lutero cuando estudiaba en Erfurth. Ambas tesis interpretan de manera distinta el testi-

monio de Lutero cuando dice: "Abandoné el mundo y me encerré en el claustro, porque dudaba de mí mismo". El católico Grisar y el protestante T. M. Lindsay se inclinan a creer que no se trataba de duda intelectual sino de duda moral.

Dotado de una sensibilidad sin control y con la idea obsesiva de que la justicia de Dios lo perseguía, Lutero no tenía condiciones para la vida sacerdotal. Pudo volverse atrás, ya que un voto arrancado por el temor no puede obligar a nadie, pero no lo hizo por orgullo. Es entonces cuando asistimos al momento más interesante de la vida del Reformador: la formación de su doctrina.

En Lutero tuvo lugar la neurosis de los escrúpulos, trastorno que ha merecido atentos estudios del notable sicólogo contemporáneo Gemelli y que ha sido comentado por Eymieu en su obra "La obsesión y el escrúpulo".

Las neurosis reconocen por origen un desequilibrio entre las aspiraciones y las posibilidades de la persona. Un fracaso o el aspirar a algo inaccesible son causas frecuentes de neurosis. El monje agustino, obsesionado por la idea de la justicia divina, consideraba toda tentación como pecado, así no hubiera consentido en ella la voluntad. En su afán de justificarse ante Dios, Lutero aspiró a algo inaccesible: a suprimir de sí toda tentación, a "sentirse santo."

Era imposible que por este camino Lutero llegara a alcanzar la paz del corazón. Entonces se produjo en su ánimo lo que los sicólogos modernos llaman sustitución de los sentimientos, fenómeno por el cual un sentimiento se extingue por la aparición de su contrario. Lutero no encontró otro camino para salir de su desesperación que el de la plena confianza en Dios. Antes había desconfiado por completo de Dios para atenerse solo a las obras; ahora pasó a la confianza absoluta en Dios y al desconocimiento del valor de las obras.

Para la teología luterana, el hombre por el pecado original se hizo malo de raíz; quedó privado de su libertad y ya nada bueno puede emprender por sus propias fuerzas. El hombre se salva exclusivamente por su fé, que hace que se apropie de los méritos de Jesucristo. La desesperación había llevado a Lutero a afirmar al hombre para negar la gracia o auxilio divino. La "confianza", lo impulsó después a afirmar la gracia para negar al hombre, negando su libertad.

Es exagerado explicar la formación de la nueva doctrina exclusivamente por las disposiciones interiores del Reformador. Factores extraños a la mentalidad de Lutero contribuyeron también

a que la nueva herejía se formara. En primer término, hemos de señalar la incapacidad de Staupitz, Superior de los Agustinos, para responder a las dudas de Lutero de un modo acertado. Staupitz que era más humanista que teólogo, más orador que sicólogo, no medía siempre el alcance que sus palabras de consuelo podían tener en Lutero y lo calmaba con frases retóricas que Lutero interpretaba a su manera.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta la influencia filosófica del *occamismo*. Occam negaba todo valor a la razón y afirmaba que no era posible probar la existencia de Dios, la espiritualidad del alma ni la ley moral fundada en la esencia divina; que tales verdades había que admitirlas por la fé y que el único fundamento de la ley moral era la voluntad divina, explicándose así el que determinados hombres, que ante la razón aparecían como indignos de salvarse pudieran hacerlo si Dios lo quería así. Se encuentra aquí en germen el dogma luterano de la corrupción integral y de la salvación solo por Jesucristo. El occamismo explica también los ataques de Lutero a la razón, a la que llamó "loca prostituta" y a los teólogos de Lovaina, a los que trató de "asnos groseros, puercos malditos, panzas de blasfemias, cochinos epicúreos, herejes e idólatras, charcos podridos, caldo maldito del infierno." Estos ataques responden por otro lado al temperamento de Lutero, hombre entera y sistemáticamente dominado por sus facultades afectivas y apetitivas.

Por lo demás, no hay que creer en una adhesión ciega de Lutero a las doctrinas de su tiempo. Lutero no tomó de los autores que había leído sino las ideas conforme a su experiencia personal y como lo ha probado Denifle, no se contentó con hacer una selección conveniente a sus ideas, sino que las falseó con frecuencia.

La doctrina de Lutero expresó ante todo los estados interiores, la aventura espiritual y la historia individual del Reformador. Incapaz de encontrar otra solución para su problema, Lutero transformó sus anhelos en verdades teológicas y el hecho particular de su propio estado en ley universal de la naturaleza humana. Su teoría de la justificación no fué un sistema lógicamente construido sino el desbordamiento de su personalidad.

Maritain ha presentado a Lutero como el que instauró el predominio del *yo* en el pensamiento moderno, inaugurando un nuevo modo de pensar: el pensar de acuerdo con el acontecer personal; el edificar una doctrina para explicar una personalidad. Paradójica-

mente, encontramos en este enemigo de la Filosofía un rasgo común con los filósofos modernos: el subjetivismo. En la historia del pensamiento moderno, tras los grandes sistemas descúbrese a menudo, palpitante, la personalidad de los filósofos que los crearon. Por eso Fichte ha dicho con mucha razón que Lutero es el prototipo de las edades modernas.

### EL PAPEL DE LUTERO EN LA REFORMA

Podemos sintetizar el desarrollo de la Reforma con estas palabras: «un movimiento que comenzó como una herejía y un desconocimiento de la autoridad eclesiástica; que tomó luego los caracteres de una revolución social y que terminó no solo con la formación de una nueva secta religiosa sino también, con un cambio político y económico». La Reforma tuvo pues tres etapas bien marcadas: la simple herejía; la revolución social y el cambio político y económico. En cada una de estas tres etapas Lutero contó con un aliado diferente. En un principio, tuvo de su parte a *los humanistas*, encabezados por Erasmo, el que no tardó mucho en enfrentársele. Posteriormente, *el pueblo*, a nombre de las doctrinas predicadas por Lutero, pretendió, mediante una sangrienta guerra, mejorar la situación en que se encontraba y fracasó en su intento. Por último, Lutero para salvar su obra se vió precisado a entregarla a los *príncipes territoriales*, los cuales lo secundaron movidos por intereses políticos y económicos.

### LA HEREJIA

Es natural que un hombre en posesión de la verdad procure enseñarla a los demás, porque a ello lo mueve su naturaleza social. Pero cuando la inteligencia se aferra firmemente a un error, entonces el hombre se siente impelido a obligar a los demás a que piensen y actúen como él, no solo por su naturaleza social, sino también, y principalmente, por deseo de justificación.

Esto sucedió en Lutero. Después de haber formado su doctrina, aprovechó del hecho de ser catedrático de Teología de Wittemberg,

para dar a conocer sus teorías, al comentar la Epístola de San Pablo a los Romanos, en la que habla de la fé, condición necesaria para la salvación. La cuestión de las Indulgencias le dió ocasión para hacer conocer sus ideas por toda Alemania y para enfrentarse con el Papa, al convertirse en la cabeza del movimiento alemán de odiosidad contra Roma. Con el instinto propio del genio, Lutero dió precisamente con el punto con que Roma se convertía en opresora a los ojos del pueblo alemán: la venta de las indulgencias.

En un comienzo, Lutero contó con el apoyo de los humanistas. La causa por la cual el poderoso bando de los humanistas ingresó casi íntegro en la Reforma se encuentra en la entusiasta acogida que Erasmo prestó a Lutero desde un principio.

Erasmo opinaba que para mejorar a la Iglesia había que destruir el dogma y purificar las costumbres de sus ministros. Su obra fundamental, el "Elogio de la locura", criticó principalmente las costumbres del clero de su tiempo. Quería reformar la Iglesia conduciéndola "a su sencillez y pureza primitiva." Lógico era que un hombre con tales ideas mirara con simpatía la actitud rebelde de Lutero contra las verdades enseñadas por la Iglesia y contra la autoridad papal. Por eso, cuando el Elector de Sajonia, que vacilaba en prestar su apoyo a la Reforma, preguntó a Erasmo si la posición de Lutero era errada o herética, el célebre humanista le contestó con su burla característica: "Lutero ha errado en dos cosas: en atacar al Papa en la corona y a los frailes en el vientre."

Pero una alianza como esta no podía perdurar por mucho tiempo porque, prescindiendo de los puntos de vista comunes, la antítesis entre Lutero y Erasmo era completa. Lutero, fanático irreductible, solo soportaba a los que, partícipes por completo de sus ideas, podía manejar a su antojo. Erasmo, temperamento conciliador, buscaba en cambio el entendimiento entre los hombres de diversas ideas. Lutero, hombre de acción por excelencia, era de tendencia nacionalista y popular; pensaba lo mismo que su pueblo y se expresaba no en el erudito latín de los humanistas sino en el idioma alemán de su tiempo, lo que le permitió ser el guía de las masas, cuyas pasiones llevó a la exaltación. Erasmo, intelectual que desdeñaba la acción, era de tendencia internacionalista y aristocrática; decía que su patria estaba donde reinaban el libro y la frase erudita y elocuente; juzgaba las ciudades según sus bibliotecas y las obras que producía, notables por su sátira, solo atraían la atención de las personas cul-

tas. Para Lutero, la rama más importante del saber humano era la Teología. Erasmo prefería las Humanidades.

Después del apoyo que le prestó a Lutero, Erasmo trató de guardar una posición independiente en la lucha religiosa hasta que disgustado con el proceder de Lutero, requerido por los católicos y motejado de cobarde por el protestante Ulrico de Hutten, decidió enfrentarse al Reformador. Lo hizo buscando el punto más débil de la doctrina de éste: la negación del libre albedrío.

Erasmo, al igual que Rousseau varios siglos más tarde, quería "rehabilitar" al hombre afirmando su bondad natural y su libertad mientras que Lutero pretendía llegar al mismo fin por diferente camino: sentando como tesis la corrupción original humana y negando la libertad. No podía encontrarse nada más opuesto al temperamento aristocrático de Erasmo, adherido con firmeza a la doctrina del mérito individual. Por eso, cuando Lutero escribió: "*De Servo Arbitrio*" negando la libertad, Erasmo le contestó con: "*De Libero Arbitrio*", defendiéndola.

La separación entre Erasmo y Lutero fué mayor a raíz del cambio de actitud de este último en la guerra de los campesinos, en la que, después de incitar a los labriegos a la revuelta, se puso en contra de ellos. Como el mismo año de esta conmoción social Lutero contrajera matrimonio, Erasmo criticó esta decisión del Reformador con su arma suprema de combate—el ridículo—y dijo al comentar este suceso: "La tragedia luterana parece que se convierte en comedia porque todos los líos terminan al fin y al cabo con una boda."

### LA REVOLUCION SOCIAL.

Bien pronto la causa de Lutero iba a verse seriamente comprometida por la intromisión de un aliado bastante peligroso: el pueblo.

El pueblo en Alemania se encontraba duramente oprimido y su situación empeoraba cada vez más. El tránsito de la riqueza feudal (propiedad inmueble) a la riqueza burguesa (dinero), perjudicó a los nobles dueños de tierras, los cuales procuraron resarcirse de la depreciación que experimentara el valor de la tierra, aumentando las rentas y servicios que recibían de los que la cultivaban. Por otra

parte, la perjudicial costumbre de subdividir cada vez más la pequeña propiedad hizo que la renta del labriego no llegara ni a la cuarta parte de lo que necesitaba y lo convirtió en una presa fácil del capitalista que le prestaba dinero sobre sus tierras, creándose de esta manera un proletariado agrario sin tierras.

Fuera de estas causas de orden económico, la influencia creciente de la ley romana afectó considerablemente al labriego. La ley romana, desconociendo las sutiles distinciones de la ley feudal respecto a los servicios, consideraba la obligación de prestarlos como servidumbre y todo aquel que no era completamente libre entraba a sus ojos en la clasificación de siervo. Muchos de los señores persiguieron reducir sus terratenientes a siervos, mediante la introducción de dicha ley, cuya aplicación hizo verdaderamente intolerable la existencia del pueblo.

La condición del pueblo lo convertía por consiguiente en terreno preparado para la rebelión, la que estalló apoyándose en "el nuevo Evangelio" de Lutero.

¿Tuvo algo que ver Lutero con la guerra de los campesinos? La causa de la revuelta, como lo acabamos de examinar, estuvo en los abusos de los señores, pero no se puede negar que la doctrina de Reformador proporcionó a los labriegos un arma de mucha fuerza para levantarse. Instigados por discípulos de Lutero, más radicales que su propio maestro, y, siguiendo el principio del libre examen, los labriegos aplicaron a sus señores los anatemas bíblicos contra los ricos e interpretaron la bienaventuranza como promesa de reparación temporal de los males de los pobres. Los ataques de Lutero contra la autoridad espiritual degeneraron en ataques contra la autoridad civil, porque el pueblo tomó la "libertad evangélica" de Lutero como sinónimo de libertad social e igualdad y no quiso que hubiera más señor que el Emperador.

La guerra de los campesinos, que en un principio fue reaccionaria porque pedía la restauración de las leyes e instituciones de la Edad Media y la supresión de las nuevas rentas y servicios, bien pronto pasó al extremo opuesto y entonces, los campesinos no solo pidieron la libertad sino también el reparto de las tierras. Tal fue el caso del movimiento encabezado por Tomás Münzer, al que Weiss no vacila en calificar de "agitación místico-socialista".

¿Cuál fue la actitud de Lutero en la guerra de los campesinos? En un principio, dándose cuenta de que la guerra no era por completo ajena a su doctrina, Lutero se puso de parte del pueblo, condenan-

do la usura lo mismo que los abusos de los señores y sentando el principio de la resistencia a la autoridad humana cuando sus mandatos "pugnan con la palabra de Dios". Pero cuando el alzamiento de los labriegos tomó un carácter netamente revolucionario, que los iba a llevar al fracaso, Lutero vió comprometida su obra, se puso de parte de los señores y los príncipes y aprobó la matanza de los campesinos rebeldes, de los que dijo que debían ser tratados "como perros rabiosos". Cambiante en sus convicciones personales, Lutero lo fué también en su actuación pública y de aquí que Huby diga que en el Reformador no cabe buscar otra unidad fuera de la que emana de su temperamento.

Los críticos protestantes han querido justificar este cambio de actitud en Lutero diciendo que la guerra de los campesinos fué revolucionaria e ilegal, al paso que el movimiento religioso fué simplemente reformador y se desenvolvió dentro de los marcos de la legalidad. Pero hay que reconocer que los campesinos carecían de medios legales para alcanzar sus fines y que Lutero no pocas veces se declaró partidario del empleo de la fuerza para el triunfo de su causa. La pretendida distinción de índole entre ambos movimientos tiene como base única el hecho de que, mientras la revolución de los campesinos fué vencida, la Reforma triunfó y al triunfar quiso despojarse de todo lo que pudiera parecer revolucionario, vistiendo las respetables vestiduras de la ley y el orden. Como dice un historiador, "Lutero salvó a la Reforma separándola de la causa perdida de los campesinos y sujetándola a las ruedas de la carroza de los príncipes triunfantes."

### *EL CAMBIO ECONOMICO Y POLITICO*

Abandonado por los humanistas y distanciado del pueblo, Lutero solo quedó con un aliado: los príncipes territoriales. Motivos económicos y políticos explican el por qué los príncipes territoriales prestaron su adhesión a la causa de Lutero.

Los príncipes, muchos de los cuales se encontraban casi arruinados, codiciaban los bienes de la Iglesia, que en Alemania llegaban a formar un tercio de las fincas rurales. Por eso es que siguieron al Reformador cuando en su "Llamamiento a la nobleza cristiana de

la nación alemana”, los invitó a secularizar, esto es, a expropiar en su provecho las posesiones de la Iglesia.

Al lado de la codicia de los bienes eclesiásticos—causa económica— se encontraba el deseo de los Príncipes de llegar a ser monarcas absolutos en sus dominios—causa política—. Los Príncipes, que por la constitución anárquica de Alemania eran casi independientes, en la época de la Reforma estuvieron aconsejados por los juristas del Renacimiento, los que conforme al Derecho Romano Imperial, les inspiraban la idea de llegar a mandar en la conciencia de sus súbditos, usando de la religión como de un instrumento político. Inspiración de acuerdo con el pensamiento de Maquiavelo, el cual en uno de los capítulos de “El Príncipe” llegó a decir: “La Religión es esencialmente un medio de que se vale el legislador para apoyar las leyes y todo príncipe inteligente debe apoyar la religión nacional aunque la considere personalmente errónea”

En último término, la Reforma vino pues a enriquecer a los Príncipes y a transformarlos en pequeños papas dentro de sus dominios, gracias a la aplicación del *“cujus regio ejus religio”*. Importa precisar el que Lutero desde un principio contó con el apoyo de los señores territoriales. Después que el Papa lo excomulgó, los Príncipes obtuvieron del Emperador el que concediera a Lutero, en la Dieta de Worms, una oportunidad para retractarse, a pesar de haber sido ya condenado por la autoridad eclesiástica. La causa de esta concesión está en que los Príncipes desde un comienzo apoyaron los ataques de Lutero contra las rentas de la Iglesia. Pero la Reforma solo vino a acentuar su carácter político después de la guerra de los labriegos.

Como prueba fehaciente de que en este período nada o muy poco tuvieron que ver las convicciones personales de los Príncipes en materia de religión, tenemos el hecho de que en Baviera, los Príncipes sin levantarse contra Roma, confiscaron muchas de las propiedades de la Iglesia y limitaron sus prerrogativas. Adriano VI les concedió un quinto de todas las rentas eclesiásticas de Baviera, a cambio de una alianza contra los Príncipes protestantes. Prestando su apoyo a la causa del catolicismo, los Príncipes bávaros consiguieron por la conciliación lo que los otros trataron de obtener por medio de su hostilidad al Papado.

¿En qué situación quedó Lutero durante este período de la Reforma? La guerra de los campesinos le hizo perder el contacto y

afecto con el pueblo bajo, que no vió en él sino un opresor y de su posición de héroe nacional descendió a la de profeta de una secta cuya existencia dependía del apoyo de las autoridades políticas.

Más tarde, vino a lamentarse Lutero de los desastrosos efectos que su Evangelio había causado en Alemania: un verdadero caos intelectual entre las diversas sectas protestantes que comenzaban a formarse y un mayor relajamiento de la moralidad que antes de la Reforma; empobrecimiento del pueblo; falta de escuelas y de asistencia social; decadencia de las artes; etc. Las lamentaciones del Reformador hicieron que los poderosos lo miraran con recelo y procuraran alejarse de él.

Los últimos años de la vida de Lutero presenciaron pues la pérdida de su popularidad y de su influencia en el ánimo de los poderosos. Había cumplido la misión que le tocó desempeñar y nada le quedaba por hacer.

Difícil es pensar que Lutero fué un hombre sincero y abnegado, después de haber puesto de relieve, imparcialmente, los hechos más importantes de su vida. Quizá en un principio fué sincero; pero desde que recibió la Bula de Excomunión se dió cuenta con claridad de que su doctrina estaba en conflicto con las enseñanzas de la Iglesia, mas, su orgullo le impidió pedir un consejo o recapacitar sobre sus convicciones y sobre sus actos. De ninguna manera puede sentarse la tesis de que el Reformador fué un irresponsable de sus actos.

Pero el hecho de que persiguiera la verdad por caminos extrañados y que por orgullo se aferrara a un error, no nos priva de reconocer que Lutero fué un hombre extraordinario, grande "con grandeza absolutamente negativa", como dice Grisar. La acumulación de las pequeñas causas; la obra obscura de los trabajadores anónimos y la acción inconsciente de los instintos colectivos en el proceso de la Reforma, no excluyen el dinamismo de la personalidad genial de Lutero como el factor más importante en la gran crisis religiosa del siglo XVI y el eminente Ludwig Pastor así lo reconoce. Su personalidad bien pudo no ser sino una manifestación o concreción superior de los factores sociales que tomaron en él conciencia de sí, acelerando su ritmo y concentrando su energía. Pero, de cualquier modo que se la interprete, cumplió el principal papel en la Reforma y cualquier estudio que de ella se haga prescindiendo de Lutero, resultará trunco y mutilado.

JORGE DEL BUSTO VARGAS